

Gadamer y la hegemonía de la hermenéutica

Manuel Castillo Ochoa

RESUMEN

El presente artículo es una reseña analítica sobre la obra y las principales ideas de Hans-Georg Gadamer, filósofo e historiador alemán. Gadamer ha sido uno de los más reconocidos y renombrados autores, que con sus escritos transformó la metodología de las ciencias sociales en las últimas décadas. El recuerdo de su fallecimiento, en marzo de 2002, posibilita al autor introducirse en una de las más fructíferas y sugerentes propuestas de revalorización y afirmación de las ciencias sociales: la hermenéutica.

El año 2002 quedará en la memoria sociológica universal como aquel en que se produjeron dos pérdidas irreparables en la producción de literatura social. Murieron Pierre Bourdieu y Hans-Georg Gadamer, pero mientras el primero ha sido recordado e incluso trascendió los medios de comunicación su fallecimiento –siempre con la debida excepción de su baja intensidad en cuanto a presencia– y se realizaron algunos homenajes en su nombre, en el caso del segundo, Hans-Georg Gadamer, la noticia de su fallecimiento (13 de marzo del 2002) pasó en el caso nacional, literalmente, inadvertida. La inadvertencia de su fallecimiento no debe llenarnos de asombro, más aún en un país en donde el pragmatismo de la acción cotidiana, los avatares de la vida diaria, la estrechez de la vida económica, nos ensimisman y empujan de tal manera que lo más sorprendente termina siendo no el olvidar sino el recordar. ¿Por qué rememorar a Gadamer, un filósofo alemán que poco o nada le puede decir, no a la mayoría de los peruanos, sino al menos a la minoría de los que aún practican y ofician en el campo de las ciencias sociales y las humanidades nacionales? La sorpresa aquí ingresa no tanto por el lado del olvido, puesto que éste se nos presenta natural y normal (para qué recordarlo, ¿quién es Gadamer?) sino por el lado del recuerdo, ya que este –el recuerdo– sobreviene sorpresivo y enrarecido. Y sin embargo el recuerdo no es para menos, porque aun cuando en el Perú estamos acostumbrados a desdeñar la teoría social, sus especulaciones y producciones, de algo sí podemos estar seguros: el inmenso legado que dejó la obra de Gadamer es válido no sólo para la filosofía e imaginación académica social alemana sino por la influencia que su pensamiento tuvo en los últimos veinticinco años del transcurrir del debate teórico de la humanidad.

No se trata, entonces, de recordar a Hans-Georg Gadamer como pensador humanista alemán, sino de ubicarlo en la escena mundial del pensamiento más actual y reflexivo de las ciencias sociales y de la filosofía, observar cómo sus obras no sólo recogieron lo mejor de la tradición del pensamiento historicista romántico europeo y re proyectándolo, constituirlo –o pretender constituirlo, como diría Habermas– en una metodología universal para todo tipo de conocimiento, en general. Pero aún así, tampoco quedarse en su proyección internacional sino en apreciarlo a la luz del caso peruano, de lo que nos dice a nosotros, tan alejados de Occidente como para que Rouquie dijera ya hace un tiempo atrás que éramos el «extremo Occidente», pero tampoco tanto como para no interesarnos en las influencias de los últimos pensamientos occidentales. También nosotros, aunque de manera esporádica, minúscula, empedeñada y en enrarecidos círculos, leemos a Derrida, Ricoeur, Deleuze, Davidson, etc.; si no, cómo es que libros como los de Beck o Foucault han sido clonados, y vendidos con distribución nacional para todo el Perú, desde el jirón Quilca.

En esta conmemoración no se trata de hablar y presentar a Gadamer, y tampoco se debería hacer, pues perderíamos un tiempo importante ya que la competencia del internet lo hace por nosotros de manera infinita, periódica y erudita. Aquel que desee profundizar y apreciar sus principales tesis que se dirija simple y llanamente a cualquier página web y hallará múltiples, polisémicas y variadas referencias sobre la obra de Gadamer, incluso textos de sus últimas conferencias. Se trata de contraponerlo, de apreciar su internacionalismo y sus hallazgos en referencia a la importancia que ha adquirido entre nosotros, pero siempre aclarando que no se trata de un pensamiento visibilizado, apreciable en su importancia a simple vista, sino de ideas que se han interiorizado detrás de las discusiones cotidianas. Su método, el hermenéutico, se objetiva no con las propias palabras de sus tratados teóricos, sino que en nosotros se encarna en las palabras y las frases más sencillas, que ahora se han convertido en todo un magma de significación y sentido común, como se diría en un lenguaje a lo Castoriadis.¹ Cuando hablamos de comprender el imaginario de los otros, la palabra del otro, de comprender al otro, de situarnos en el contexto histórico de tal o cual época, cuando aceptamos nuestros prejuicios y nuestros demonios interiores como parte constitutiva nuestra, cuando aceptamos los límites cognoscitivos de nuestra época, estamos en el campo de Gadamer, pero sin saberlo. Lo hemos interiorizado sin ni siquiera saber de su producción. Y es que en ese momento es cuando las palabras de un autor logran lo que el propio autor se proponía, lograr hacerse sentido común y caminar más allá de los tratados eruditos y de las referencias académicas. Y eso es lo que ha sucedido con la obra de Gadamer, camina más allá de sus eruditos y densos libros (recordemos que la primera edición en español de *Verdad y método* traía aproximadamente 600 páginas y el segundo tomo –Ver-

1 Véase de Cornelius CASTORIADIS: *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona, Ediciones Gedisa, 1994.

dad y método II— en la traducción española es de 450 páginas aproximadamente). Y al caminar se introduce en nosotros y a través de diferentes campos del saber: en la pedagogía, con la comprensión del universo simbólico del educando para una efectiva comunicación pedagógica; en la historiografía, con la idea del horizonte circundante de los actores; en la epistemología con la aceptación del proceso de interpretación como base del conocer reaprehensivo y la eliminación del conocimiento científico como reflejo de la realidad; en la psicología, con la muerte de nuestros fantasmas lacanianos y la asunción de nuestros prejuicios como parte de la validez del conocimiento, y en la filosofía como la unificación de ser-pensamiento-existencia en un todo único indisociable; en la ontología, con la recuperación de lo bello como ser de la existencia y reapropiación de la poética en la vida histórica. También lo estamos comprendiendo, aun sin saber de su existencia, cuando aceptamos que la tradición es el *stock* social indispensable de toda interpretación de la realidad, es decir, que la observamos desde una tradición hecha presente.

Pero acerquémonos más a su propia obra y las corrientes del pensamiento de las cuales se alimentó. Gadamer, nacido en 1900, fue discípulo de Scheler, y estudió con Husserl y Heidegger en Leipzig, bebiendo de la influencia de lo que posteriormente se conocería como la escuela neokantiana de Marburgo-Baden en Alemania. Ajeno a la política, vivió dedicado a la academia y, básicamente, a reinterpretar la influencia de los románticos alemanes en las ciencias del espíritu. Combinó en sus estudios filosofía, historia y sociología sin dejar de lado su principal forma de entrar a esta temática: la reconstrucción historiográfica del método de la comprensión —hermenéutica— tan caro a las corrientes historicistas alemanas de fines del siglo XIX. Desde ese mirador, y recuperando las influencias de la fenomenología de Husserl y los avatares del primigenio existencialismo de Heidegger (aun cuando el propio Heidegger renegaría después del adjetivo de existencialista para su obra inicial), focalizaría sus observaciones hacia las poéticas de la vida recuperando la esteticidad creativa del ser en lo histórico, ideas de claro tinte e influencias heideggerianas. Nunca dejaría de lado sus disquisiciones sobre lo bello, la historia y, por ende, la literatura, revisando constantemente, para ello, a los poetas más importantes de Alemania.

Su obra fundamental fue *Verdad y método* escrita en 1960. Esta obra le acarrearía fama y reconocimiento internacional. Sin embargo, esta obra no se entendería a cabalidad si no la situamos en la tradición del pensamiento romántico historicista alemán. Desde los primeros lustros del siglo XIX autores como Schleiermacher se habían preocupado por el problema de la comprensión y la interpretación de la historia. Ya desde Hegel se va conformando una tradición alemana en recuperar lo vivencial, lo axiológico, lo espiritual como distintivo de la idiosincrasia nacional. ¿Por qué sucedió eso en el caso concreto de Alemania, dando origen a las corrientes románticas que serían encarnadas por Goethe o Schiller? Es bueno introducir aquí, en esta rememoración ideográfica, una vieja y conocida hipótesis de Gouldner. Este sociólogo americano señala que mientras los franceses se afianzaron sobre la estructura y lo que más

allá del cuerpo, de lo visible, da argumento, razón y afirmación al mismo por la influencia cartesiana (lo que continúa con los teóricos de la escuela de la sospecha hasta Derrida y la deconstrucción de la razón fonológica), los alemanes afianzarían sus esfuerzos historiográficos sobre lo individual, particular, dando consistencia al espíritu romántico alemán. Desde esa lógica es que se origina la escuela historicista alemana bajo la influencia de Dilthey, Windelband, Rickert, Wundt, etc. Dilthey y la escuela de la vida recogerían la comprensión de la cultura como base del conocimiento social. Weber culminaría esta tradición sociologizando racionalistamente el método comprensivo. Gadamer se apoya en esta vieja tradición y, reconstruyendo la propuesta historicista, la reintegra a la tradición filosófica, retomando de Aristóteles el concepto de hermenéutica, vieja tradición que tuvo su auge en la Edad Media y las interminables discusiones escolásticas para determinar quién «interpretaba» mejor la Biblia. Pero él no sólo reconstruye, sino que redefine y le da, prácticamente, un vuelco renovador a esa vieja tradición. En una palabra, hace transitar el conocimiento social, tal como dice Mauro Ceruti en el libro *El ojo del observador*, del plano de la necesidad al plano del juego.² Así, el conocimiento social como el de la historia y lo social no es tanto efecto de la estructura sobre el sujeto como de la reinterpretación llevada a cabo por el sujeto de lo que acaece en la vida.

Al final de cuentas, estamos en el terreno que inauguró Nietzsche al colocar el tiempo circular contra el tiempo perfeccionista, progresivo y teleológico racionalista europeo: en el tiempo circular no hay el momento perfeccionista del final, sino el recomenzar agonizante de cada generación y cada época histórica, y por eso no hay un más allá de las formas de la vida –lo que se sale de la vida y establece un centro del orden no es más que un absolutismo totalitario– sino la vida en sí misma, justificada en sentidos de época. A la traducción de esos sentidos de época es a lo que presta atención la hermenéutica y Gadamer lo recoge así con pulcra erudición. Si en Nietzsche culmina y se afianza el romanticismo alemán («¿No somos adoradores de las formas, de las palabras, de los sonidos, y por ello artistas?», dirá en el prólogo de 1886 a *La Gaya Ciencia*, y en su famoso recorrido del camino a Génova), en Gadamer se hace tratado, academia y universalidad. Tal como es, ahora, conocido Nietzsche en su ensayo “La verdad y la mentira en sentido extramoral”, anexo a su trabajo *El origen de la tragedia*, había señalado que la especie humana era la única que tenía como rasgo constitutivo de su ser la «necesidad» de elaborar discursos justificadores que legitimen su existencia, pero raigalmente tiene que hacerlo de acuerdo a las reglas e instituciones imaginarias que la sociedad va imponiendo, de tal manera que la verdad no sería más que un discurso racionalizador del poder que se encontraba reinando, en ese momento, en cada sociedad. De esa forma introduce el método filológico para encontrar el «motivo» detrás de toda verdad, inculcando así la ruptura de lo dado como eterno, y desmontando las «metafísicas» que las historias van transmitiendo. El

2 Mario CERUTI et al, *El ojo del observador*. Barcelona, Ediciones Gedisa, 1995.

individuo entonces se alza como interpretador pero no basándose en una sustancia única e indivisible (como la presencia eterna de la metafísica) sino como heredero, trasmisor, pero también reconstructor de las tradiciones que va recibiendo, y de ahí que surja la necesidad de la hermenéutica para interpretar (hermeneutizar) los sentidos sociales que se van construyendo. Ello conduce, casi directamente, a la revalorización de la tradición, la cultura de cada pueblo. Según esas ideas y adicionándole la propuesta heideggeriana del ser, como artista creativo de la vida y expropiado de su artisticidad por la razón tecnomodernista hasta terminar enfrentado a su propia creatividad, tal como lo señala este autor en *La pregunta por la técnica*,³ Gadamer retomaría la hermenéutica como creatividad, incluso poética.

Pero Gadamer no sólo redefinió sino que colocó al método comprensivo hermenéutico como base de todo tipo de conocimiento. Las ciencias, duras como blandas, naturales como fácticas, de la ingeniería como de lo social, eran producto de reinterpretaciones hermenéuticas, en donde el sujeto es el centro de lo cognitivo. Pero a su vez no es un sujeto autorreferencial, como el sujeto indivisible cartesiano que da origen a la filosofía de la conciencia, sino cruzado y constitutivamente enraizado en su lenguaje, que es social y dialogante. De ahí que el lenguaje, formalizado como discurso, sea la base de toda verdad, de toda ciencia. La verdad, por consiguiente, es una creación que se puede considerar filológica y gramatical a cada ciencia, y no es al revés, como presupone el positivismo, la verdad una adecuación entre la proposición y lo externo. Y de allí, también, que Gadamer relacione la verdad con la belleza, con lo poético, con lo creativo más que con lo proposicional y lo adecuado. Obviamente esto le valió ser reconocido como un autor de audacias epistemológicas, pues su propuesta abría las puertas al conocimiento como discurso, a la redefinición de la verdad, a la destrucción de lo ontológico. Al final, su propuesta, antipositivista y antimetafísica abriría la brecha para la proliferación de las escuelas epistemológicas postpositivistas que a partir de mediados de los sesenta y, con el impulso de la revolución de mayo del '68 en París, reinarían en la filosofía francesa y, por ende, en la europea. Evidentemente, la propuesta de Gadamer le valdría fuertes rechazos. En uno de ellos, Habermas le dedicaría duras críticas en una conocida polémica a finales de los sesenta, que sería conocida como la disputa por la hermenéutica. Los argumentos de Habermas hacían incidencia en que «... el prejuicio de Gadamer a favor del derecho de los prejuicios acreditados por la tradición pone en cuestión la fuerza de la reflexión...».⁴ Al final de cuentas, para el modernista Habermas la revalorización hermenéutica caía en un relativismo comprensivista y, por lo tanto, su propuesta se desinteresaba de finalidades emancipadoras cayendo en un conservadorismo académico que diluía la ciencia social.

3 HEIDEGGER, Martín: "La pregunta por la técnica", en *Ciencia y técnica*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1993.

4 HABERMAS, Jürgen: *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid, Ediciones Tecnos, 1988, pág. 255.

En la última década la hermenéutica ha logrado reconocimiento internacional y su presencia es insoslayable donde se estudian las ciencias sociales, tanto así que el postmodernista Vattimo no ha escatimado esfuerzos en señalar que es la «*Nueva Koiné*»⁵ del conocimiento social. Pero el destino de los caminos recorridos de la hermenéutica ha sido desigual. Se pueden apreciar hasta tres líneas que se deducen de sus propuestas iniciales. Una de ellas ha dado origen a lo que se denomina en la actualidad el giro lingüístico en ciencias sociales y en filosofía, vertiente que se fundamenta en la revalorización del lenguaje que realiza la hermenéutica como unidad de análisis básica para el conocimiento y comprensión de lo social. Esta línea va desde los trabajos de Karl Otto Apel y su magistral obra *La transformación de la filosofía* (1972), e incluye entre otros a Habermas, y la racionalidad comunicativa del diálogo. Una segunda tiende lazos y se interrelaciona con las teorías del pragmatismo americano y las escuelas sociológicas de la acción social. Al proponer la comprensión como la base fundante del método hermenéutico se entronca con la herencia simbólica de Cassirer, enfoque fuertemente asimilado por el pragmatismo americano y el construccionismo sociológico de Berger y Lukman, y de ahí salta a la etnometodología de Garfinkel, el accionalismo de Ettzioni, la dramaturgia de Goffman, etc. Una tercera línea termina relacionándose con las corrientes postmodernistas en ciencias sociales, pues la hermenéutica y la revalorización del lenguaje, visualizados como enfoques críticos, echan un puente con la crítica a la validez de los discursos metafísicos, enlazándose a la visión de la modernidad como la época de la crisis de los metarrelatos y el fin del fin de la historia en su sentido de trascendentabilidad extraconstructivista. Es por eso que autores como Vattimo han dedicado tantos escritos al tan mencionado tema del círculo hermenéutico.

En el Perú su presencia es desigual. En los centros más avanzados e informados de las ciencias sociales se ha convertido en la nueva vulgata metodológica de la mano con la proliferación de los métodos cualitativos y por ello la obra fundamental de Gadamer, con otros de sus libros, son leídos y comentados, pero en los espacios menos informados el enunciado de la propia palabra causa sorpresa, como la causa el mencionar al autor que mejor permitió reconstruirla sociológica e históricamente. Sin embargo, ello no tendría por qué ser así. Hay bases de relacionamiento que muy bien podrían tender puentes, no sólo con los nuevos y recientes espacios de análisis de las ciencias sociales nacionales (como son aquellos en donde se revaloriza el imaginario, la cultura y las estrategias de vida), sino incluso con aquellos momentos de nuestra historia en que se avizoraron temas que ahora, por el método hermenéutico, la presencia de Gadamer y la crisis de los discursos racionalistas, se están analizando. Uno de ellos puede ser el caso de los estudios míticos. Tal como se puede deducir de la crisis

5 Gianni VATTIMO dice: "Si se quisiera, en efecto, señalar para el pensamiento de hoy una tendencia que pudiera considerarse la *koiné* filosófica actual, de modo parangonable a lo que fuera el marxismo para los años cincuenta-sesenta, y el estructuralismo para los años setenta, [...] este rol corresponde hoy a la hermenéutica", en *Ética de la interpretación*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1991, pág. 37.

de los discursos racionalistas modernizadores que con la ilustración, el cientificismo, y el poder tecnoburocrático reinaron en el imaginario mundial hasta mediados del siglo XX, en la actualidad, rotos los bloqueos cientificistas y apoyados en el constructivismo epistemológico como el construccionismo social, vuelven a revalorarse las creaciones de macrosentido que la humanidad, en sus diversos espacios, produjo. Como señala el propio Gadamer, esa línea irreversible que iba excluyentemente del mito al logos (razón) no ha sido tan irreversible ni excluyente, pues lo que estamos descubriendo ahora es que mito y logos han convivido de maneras asimétricas. Este tema, que nos recuerda las propuestas de los años treinta, de José Carlos Mariátegui, y que en nuestro caso fueron abruptamente abandonadas cuando las propuestas modernistas de las ciencias sociales hicieron su ingreso, en la década del cincuenta, puede muy bien volver a replantearse como tema de exploración para los estudios de los sentidos estratégicos de vida de las mayorías nacionales. Pero ahora ya sin el temor de exclusiones racionalistas radicales y sí con la comprensión y revalorización que la intuición de Mariátegui ofreció a la historiografía peruana. Por eso es importante leer la obra de Hans-Georg Gadamer, filósofo, historiógrafo y sociólogo que murió en marzo del 2002, a la no menos larga edad de 102 años.

OBRAS EN CASTELLANO DE HANS-GEORG GADAMER
[hasta el momento de publicación de este artículo]

- 1991. *Verdad y método*. Salamanca, Ediciones Sígueme.
- 1991. *La actualidad de lo bello*. Barcelona, Ediciones Paidós.
- 1992. *Verdad y método II*. Salamanca, Ediciones Sígueme.
- 1993. *Elogio de la teoría. Discursos y artículos*. Barcelona, Ediciones Península.
- 1993. *Poema y diálogo. Ensayos sobre los poetas alemanes más significativos del siglo XX*. Barcelona, Ediciones Gedisa.
- 1997. *Mito y razón*. Barcelona, Ediciones Paidós.
- 1998. *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona, Ediciones Paidós.